

Mientras Petronio conversaba con Pomponia, el pequeño Aulo, que había simpatizado con Vinicio durante la permanencia de éste en aquella casa, se acercó á él invitándole á tomar parte en el juego. Detrás del niño, Licia entró también en el triclinio. Allí, junto á la hiedra, que serpenteaba, la joven pareció á Petronio mucho más bella que en el primer momento y semejante de todo punto á una ninfa de los bosques. Y como hasta entonces no le hubiese hablado, se levantó, inclinóse respetuosamente, y en lugar de la acostumbrada fórmula de saludo, pronunció las palabras con que Ulises saluda á Násica:

«¿Diosa ó mujer? No sé cómo llamarte.
Si tienes tu morada en el Olimpo,
por tu beldad, tus actos y tu aspecto
me pareces, ¡oh hermosa criatura!,
la hija de Jove, la inmortal Diana (1).»

La misma Pomponia celebró la ingeniosa cortesía de aquel hombre. Licia escuchaba con cierta turbación y sin pestañear, pero una sonrisa fugitiva empezó á temblarle en los labios, y era evidente que en su espíritu luchaban el pudor virginal y el deseo de responder al saludo. Por fin venció este deseo, porque levantando los ojos hacia Petronio, contestó con las palabras de la misma Násica, pronunciadas con un solo aliento, como diciendo una lección aprendida de memoria:

«¡Oh forastero!, tú no me pareces
ni descortés ni loco,» etc.

En seguida dió media vuelta y escapó corriendo, como pajarillo que huye asustado.

Esta vez tocó á Petronio asombrarse, porque no esperaba oír de labios de una joven, cuyo origen bárbaro conocía por Vinicio, versos de Homero. Por esto dirigió á Pomponia una mirada de interrogación; pero ésta no podía responderle porque miraba sonriendo á Aulo, en cuyo rostro se dibujaba un inefable orgullo: orgullo que Plaucio no ocultaba, en primer lugar, porque amaba á Licia como hija propia, y además porque, á pesar de sus antiguos prejuicios, según los cuales debía haber combatido la difusión del griego, consideraba aquella lengua como complemento de toda sólida y fina instrucción. Él no pudo nunca aprenderla y se lamentaba de ello en secreto, por lo cual fué mayor su satisfacción al ver que aquel patricio inteligente había recibido contestación en la lengua y con las mismas palabras de Homero en una casa que consideraba como medio bárbara.

— Tenemos un preceptor griego, dijo Plaucio, que da lecciones al niño, y á ellas asiste Licia. Es aún una niña, pero es tan buena y la queremos tanto...

Petronio miró en el jardín á los tres jugadores. Vinicio, quitada la toga, había-se quedado con la túnica solamente. Lanzaba el balón, mientras Licia, frente á él, con los brazos levantados estaba preparada á recogerlo.

Al principio, la muchacha no produjo en Petronio una gran impresión, á causa de su excesiva delgadez; pero cuando, en el triclinio, pudo observarla de cerca, encontró que la Aurora debía asemejársele y pensó que en aquella aparición había algo superior al resto de los mortales.

No escapó á sus observaciones el delicado rubor de aquel rostro, ni la seduc-

(1) Homero: *Odisea*, libro VI.

ción de aquellos labios y de aquellos ojos azules como el mar, ni la candorosa frente y los ebúrneos cabellos, ni el cuello alabastrino y la línea correcta de la espalda: examinó toda la esbeltísima figura con mirada de perito, y su espíritu de artista le sugería la idea de escribir «Primavera» al pie de tan perfecta belleza.

Involuntariamente le vino á la memoria Crisotemis y no pudo aguantar la risa. Crisotemis, con sus cabellos espolvoreados de oro y sus cejas teñidas de negro, se le aparecía en aquel momento como un ramo de rosas marchitas, cuyos pétalos estaban deshojándose. ¡Y pensar que Roma le envidiaba por su Crisotemis! Después recordó á Popea, y esa mujer tan celebrada no era á sus ojos más que una figura de cera sin alma. En cambio, en Licia no sólo brillaba la primavera, sino un alma luminosa que irradiaba con sus destellos en los rosados miembros de su cuerpo gentil.

— Tiene razón Vinicio, deducía en conclusión. ¡Mi Crisotemis es vieja, vieja... como Troya!

Dirigiéndose luego á Pomponia Grecina y señalándole el jardín:

— Ahora comprendo, *dómina*, exclamó, que teniendo esa pareja, preferáis vuestra casa al Circo y á los banquetes del Palatino.

— ¡Es verdad!, respondió ella, contemplando con ternura al niño y á Licia.

El viejo guerrero comenzó á relatar la historia de la muchacha y todo lo que, muchos años antes, había oído narrar á Atelio Isterio sobre la raza de los licios habitantes del obscuro Norte.

Los tres jugadores, en tanto, habían cesado en su juego y paseaban por el jardín arenoso, resaltando como tres estatuas blancas sobre el obscuro fondo de mirtos y cipreses. Licia llevaba de la mano al pequeño. Al poco rato sentáronse en un banco junto al estanque, en medio del jardín. Aulo no tardó mucho en alejarse para asustar á los peces que nadaban en el agua límpida, y Vinicio prosiguió su comenzado discurso:

— Apenas dejé la *pretexta* (1), dijo con tenue y temblorosa voz, fuí enviado á las legiones asiáticas. Aún no conozco Roma y hasta ahora he ignorado lo que eran la vida y el amor. Sé de memoria algo de Anacreonte y de Horacio, pero no sé citar versos, como Petronio, cuando el corazón enmudece de admiración y no encuentra las palabras que hacen al caso. Jovencito, estudié con Musón, quien me enseñó que la felicidad consiste en hacer la voluntad de los dioses. Yo creo que consiste en algo más, en una cosa más grande y más hermosa, que no depende de la voluntad, porque sólo el amor puede darla. Los mismos dioses buscan semejante felicidad; por esto también yo, que hasta ahora no conocí el amor, también yo, Licia, sigo su ejemplo y busco á la que quiera proporcionarme esa dicha anhelada.

Calló y no se oyó en unos instantes más que el murmullo del agua, en la que Aulo, como diversión, iba echando piedrecitas. Después Vinicio continuó, con voz aún más dulce y humilde:

— Tú conoces á Tito, el hijo de Vespasiano. Se cuenta de él que, siendo muy joven, se enamoró de Berenice hasta el extremo de enfermar ó poco menos. ¡Yo también sería capaz de amar así, Licia! Honores, gloria, riquezas, son humo pasajero. El rico encuentra siempre otro que lo es mucho más; el hombre célebre acaba siempre obscurecido por la gloria de otro más célebre; el fuerte es vencido por el más fuerte. Pero, en cambio, ¿puede el César, ¡qué digo!, puede un dios ser más feliz que un simple mortal, cuando éste siente latir junto á su corazón el corazón de la mujer amada? He aquí, Licia, por qué el amor nos iguala á los dioses.

(1) La toga *pretexta* era la que llevaban los adolescentes. Se despojaban de ella al llegar á la mayor edad.

Licia escuchaba turbada, pero atentamente, como si á sus oídos llegase el sonido de una cítara ó de un arpa eólica. En algunos momentos parecíale que Vinicio entonaba una canción maravillosa, cuya melodía la arrobaba, le enardecía la sangre y le llenaba al mismo tiempo el corazón de angustia y de placer. Después se imaginaba que le repetían cosas ya conocidas, pero de las cuales no había podido darse cuenta cabal, despertando entonces en su alma un nuevo sentimiento, como si un sueño nebuloso hubiese podido transformarse en clara y espléndida realidad.

El sol empezaba á declinar. La luz del crepúsculo iluminaba el horizonte con destellos rosáceos. Como despertando del sueño, Licia dirigió una dulce mirada al joven, que, inclinado hacia ella, en actitud de muda plegaria, iluminado por la luz crepuscular, le pareció el hombre más hermoso del mundo, más bello que todos los dioses griegos y romanos, cuyas imágenes se admiraban en las fachadas de los templos.

La mano de Vinicio estrechaba tímidamente la de Licia, mientras le preguntaba:

— ¿No adivinas aún lo que quise decirte?

— ¡No!, murmuró ella con voz apenas perceptible.

No lo creyó.

Atrayendo hacia sí la mano de Licia, iba á estrecharla apasionadamente contra su corazón, cuando en el fondo del camino de los mirtos se presentó el viejo Plaucio.

— El sol corre á su ocaso; guardaos del fresco vespertino y cese el jugueteo con Libitina.

— ¡Oh, no!, repuso Vinicio, estoy aún sin la toga, y, á pesar de ello, no siento frío.

— Pero mirad: más de la mitad del disco solar se ha escondido ya detrás de las montañas. ¡Bendito el clima de Sicilia, donde la gente se reúne por las tardes en una plaza, saludando en coro á Febo que se aleja!

Y olvidando sus advertencias, miró á Licia y empezó á hablar de Sicilia, donde poseía inmensos dominios y donde esperaba pasar el resto de su vida.

— Una cabeza encanecida como la mía, dijo, no debe ya exponerse á los hielos invernales. Aquí, por ahora, aún permanecen las hojas en los árboles y el cielo azul sonríe todavía sobre nuestra ciudad; pero cuando las vides amarilleen, cuando las primeras nieves caigan sobre los montes Albanos y los dioses desaten sobre la Campania sus vientos impetuosos, ¿por qué no he de poder yo refugiarme con todos los míos en Sicilia, en mi posesión predilecta?

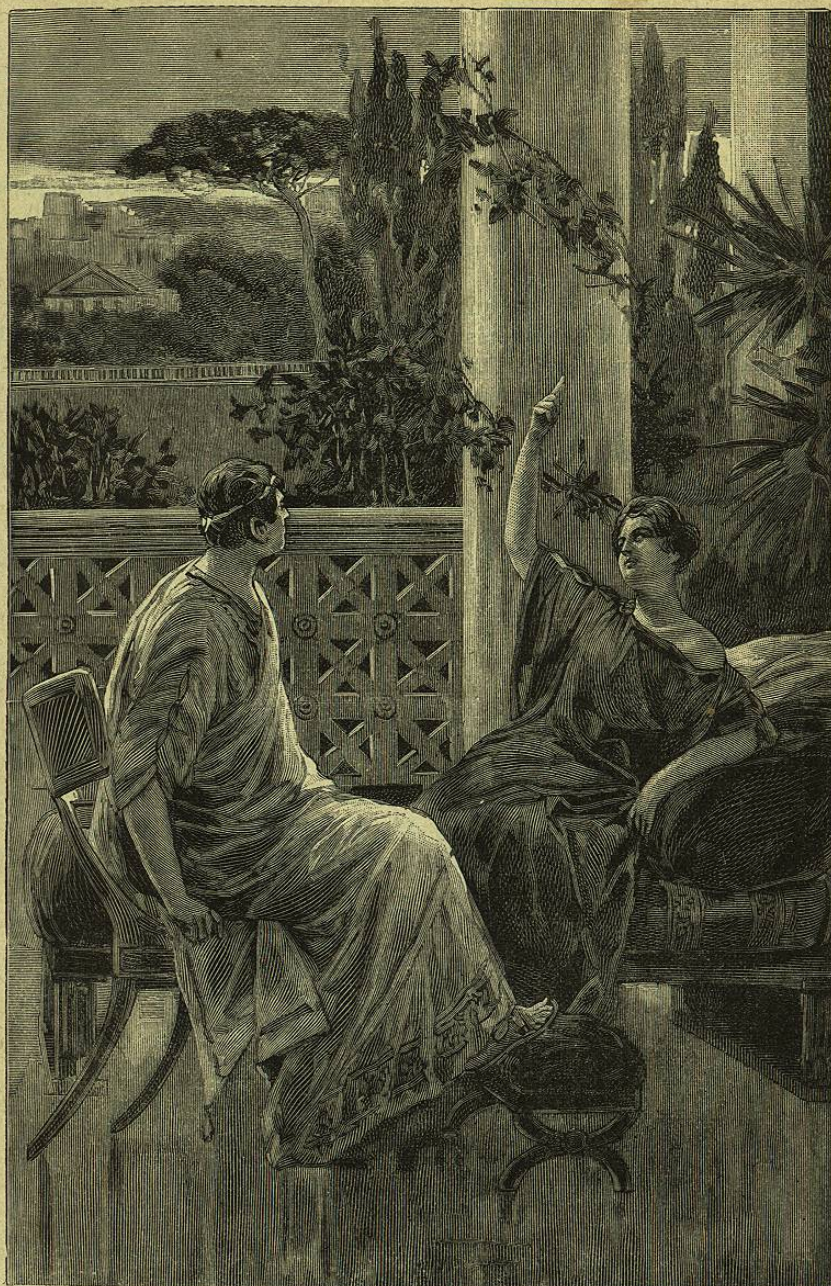
— ¡Cómo! ¿Deseas, Aulo, abandonar Roma?, preguntó alarmado Vinicio.

— Siento ese deseo desde hace mucho tiempo. En Sicilia se disfruta de mayor tranquilidad y se está mucho más seguro.

Y se entregó de nuevo á la descripción y alabanza de sus jardines, de sus baños, de su linda casa situada en medio del campo, de la colina revestida de toda clase de hierbas y de la miel de sus colmenas. Pero Vinicio no prestaba atención á aquellos entusiasmos bucólicos; sólo le preocupaba la idea de perder á Licia, pensando en Petronio como su único salvador.

Éste, al lado de Pomponia, contemplaba la desaparición lenta del sol y á las personas sentadas al borde del estanque. El cielo había tomado tonos purpúreos y violáceos, que continuamente cambiaban y se disipaban hasta dar á algunas fajas del horizonte formas de figuras caprichosas. Los perfiles de los cipreses se destacaban á aquella hora mejor que en pleno mediodía. Solemne calma vespertina parecía tener en suspenso á la naturaleza.

Petronio estaba asombrado. Sentía la inmensa paz que le rodeaba, y estudiando



Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo...

atentamente los rostros de los circunstantes, leía en ellos una expresión nunca observada en los demás rostros que veía todos los días, ó por mejor decir, todas las noches.

Notaba una serena alegría que casi representaba la manifestación de la vida de aquella familia. Le relampagueaba en la mente la idea de que podían existir una belleza y un goce que le eran desconocidos, á pesar de su asiduidad en buscar todas las bellezas y todos los placeres. No pudo ocultar su pensamiento, y dirigiéndose á Pomponia, dijo:

— Estoy observando cuán diverso es vuestro mundo de aquel en que reina Nerón.

Ella, volviendo su delicado rostro hacia el moribundo sol, respondió con majestuosa calma:

— No es ya Nerón, sino Dios quien reina en el mundo.

Breve pausa siguió á las palabras de Pomponia. Se oían resonar en tanto los pasos del viejo, de sus hijos y del tribuno, que se acercaban; pero antes de que llegaran al triclinio, Petronio dirigió á su compañera esta otra pregunta:

— ¿Crees, pues, en los dioses, Pomponia?

— Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo, fué la respuesta de la mujer de Aulo Plaucio.

III

— Cree en un solo Dios omnipotente y justo..., dijo Petronio apenas se vió en su litera con Vinicio. Si su Dios es omnipotente, tiene todos los poderes de vida y de muerte; si es justo, equivale á decir que manda la muerte obrando en justicia. Pues entonces, ¿por qué Pomponia lleva aún el luto por Julia? Con su proceder acusa á Dios. Quiero repetir este raciocinio ante aquel imbécil de Nerón, porque en punto á dialéctica me considero rival de Sócrates. En lo que concierne á las mujeres, sostengo que ninguna posee sus tres ó cuatro almas..., ¿qué digo?, ni una racional siquiera. Discuta Pomponia con Séneca y Cornuto sobre la esencia de su Verbo. Evoquen ellos, si les place, las sombras de Jenófanes, de Parménides, de Zenón y de Platón desde los Campos Elíseos, donde los pobres deben aburrirse como pájaros en jaula. Yo hubiera querido hablar de otra cosa con ella y con Plaucio. ¡Por el sacro cuerpo de la Isis egipcia! Si hubiese manifestado inmediatamente el objeto de nuestra visita, quizás hubiera ocurrido una escena desagradable. ¡Y la he temido! ¿Tú no lo crearás, Vinicio? De todos modos, debo felicitarte por tu elección. ¡Deliciosa sorpresa! ¿Sabes lo que me parece? Me parece la primavera, pero no una de nuestras primaveras italianas, con escasas flores y con olivos grises, sino una primavera joven, fresca, exuberante de vida, como la admiré un tiempo en Helvecia. ¡Por la blanca luna, que estoy de acuerdo contigo, Marco! Pero ten entendido que amas á Diana, porque es seguro que Aulo y Pomponia no te devorarán como devoraron los perros á Acteón.

Vinicio, con la cabeza inclinada, no pronunciaba una sílaba. Después, con la voz ahogada por la pasión, empezó de esta suerte:

— La quise desde un principio; ahora ardo en deseos. Cuando le cogí la blanca mano, sentí que el fuego quemaba mi sangre. Yo debo poseerla. Si yo fuese Júpiter, la envolvería en una nube, como envolvió á Io, ó bien caería en su regazo cual lluvia, como hizo con Dánae. ¡Quisiera, teniéndola entre mis brazos, oír su grito de dolor! ¡Me sentiría con coraje para matar á Plaucio y á Pomponia y robársela con mis manos! Esta noche no dormiré; haré apalearse á una esclava por el gusto de oír sus gemidos...

— ¡Cálmate, joven! Expresas tu pasión como lo haría un carpintero de la Suburra.

— ¡Di lo que quieras! Yo debo poseerla. A ti me he acogido para encontrar un apoyo; si no me lo prestas, sabré encontrar otro medio. Aulo considera á Licia como hija: ¿cómo puedo yo tomarla por esclava? Y si no hay otro camino, ¿por qué razón no puede ella adornar el umbral de mi casa y sentarse en mi hogar como esposa mía?

— ¡Cálmate, descendiente de los cónsules! Nosotros no atamos á los bárbaros á nuestros carros triunfales, para casarnos luego con sus hijas. ¡Evita ese mal paso